

Ventana, ventanita

Johnny P.Middleton



Capítulo 1

No hará más de un mes que me dí de alta en esta página. Y, a parte de poder tener un blog personal (poco original, pues es facil tenerlo en cualquier lado), no veo ningún otro tipo de utilidad o actividad. O, no tengo ni santa idea de como subir la persiana para ver por mi ventana. He intentado buscar hilos en los foros de los diferentes grupos... he iniciado hilos para ver si se publican en esos mismo grupos... Nada de nada... Por saber... no se ni dónde puedo enviar mi botella con este mensaje de ayuda dentro, a parte del típico mail a los administradores y creadores del lugar, pero la gracia de pertenecer a una comunidad es la interacción con los habitantes del lugar...si los hay...
Viernes, si me lees...
¿HELP?

Capítulo 2 Por fin ya hemos finalizado la edición del libro de poemas de Benito Da Silva con ilustraciones de Johnny Prado Middleton (un servidor). Los dibujos fueron elegidos por el autor del libro.

este es el link:

www.amazon.es/gp/product/B00BAH2TI8/ref=cm_sw_r_fa_alp_hs2drb04

Capítulo 3 Este es un "trabajo de clase", una especie de "tesis" basada en apuntes y escritos, muy útil para tener claros bastantes puntos y hacerse uno a la idea de lo que quiere y lo que busca. Es un ejercicio basado en los conocimientos adquiridos, los libros leídos, las charlas mantenidas, las experiencias vividas y los anhelos perseguidos, no es algo original salido de micreatividad, tan solo he cogido las ideas y las he puesto en la batidora que es mi cabezota y las he escupido tal y como venían:

Todos hemos pasado por etapas improductivas, nos hemos sentido vacíos y hemos tirado a la papelera del escritorio cientos de documentos words por pensar que lo que hemos escrito no vale lo suficiente para que ocupe ni un solo byte de nuestro ordenador. Eso no hace de nosotros menos escritores (o artistas) que otros, tan solo nos reafirma como tales, pues estos quebraderos de cabeza son propios de aquellos que tienen, que desean, algo que contar. De cada martirio creativo debemos salir más fortalecidos que cuando entramos.

Desde niño el arte me ha ido acompañando, arrojando e incluso amamantando. Mi mitad materna proviene de una saga de artistas que moldeó la parte sensible de mi cerebro y vistió mi espíritu con los andrajos típicos de un bohemio. Por el contrario el "páter familias", científico reputado, se encargó de la parte analítica del cerebro, entrenó a mi intelecto a cuestionarlo todo, a vivir en la acción-reacción, a contemplar la causa y el efecto, en convertir la constancia y la dedicación en éxito.

¿Sirvió de algo? A parte de vivir en una maravillosa paradoja la pregunta sigue sin respuesta pues aun

estoy embarcado en busca de las Indias, como Hesse escribió: *"La vida de cada hombre es un camino hacia sí mismo, el intento de un camino, el esbozo de un sendero"*. He conseguido llegar a la cresta de la ola aunque debo confesar que también he naufragado, fiel como siempre a la contradicción que siempre camina a mi lado. Por suerte sigo a flote.

Hice del arte un hobby, una aventura y un oficio, callejee por sus más oscuras travesías, me desplomé borracho en sus sucios adoquines, me insensibilicé arropado por sus sabanas de seda. Pero lo que jamás dejé de hacer fue aprender.

¿Estamos seguro que lo que anhelamos es escribir historias? ¿nuestro fin es que al final seamos recordados por aquellos que nos leen? ¿que una vez hayan acabado nuestra obra y lo hayan apartado sigan pensando en ella ? Para ello he aprendido, de unos y otros, que hay que aportar a nuestras obras cierta viveza, convertirnos en el doctor Frankenstein y dotar de vida al conjunto de palabras que hemos escrito. Hemos de hacer creíbles no solo el mundo en el que viven nuestros personajes si no convertirlos en reales para el lector.

Y algo imprescindible para ello es aprender a recibir críticas, a saber encajarlas y aprender de ellas, no cerrarnos en banda, debemos ser conscientes que lo que hemos escrito hasta el momento no es tan bueno como podría llegar a serlo. La seguridad y la convicción de que podemos hacerlo mejor y ante todo la determinación y decisión a alcanzar ese objetivo y aprender cómo, nos serán de gran utilidad.

Mejorar la escritura está al alcance de todos, a escribir sin faltas de ortografía y gramaticalmente de manera

correcta se aprende con facilidad, solo hay que contratar a un profesor particular o acudir a la multitud de talleres que se ofrecen en nuestras ciudades, la opción autodidacta también es posible, tan solo hay que dedicarle tiempo y ganas. Pero crear una buena historia requiere mucho más que saber escribir bien.

Cuando llega el momento de prepararse para la creación de una obra existen una serie de principios que todo artista debe plantearse. Pues la comprensión global de lo que hemos creado será la que después permita al espectador/lector a sumergirse en la obra. Para explicarlo de manera más gráfica imaginemos a una persona acercándose a un cuadro, ya sea en un museo, galería, o estudio de artista, lo primero que hace es ver la totalidad de la obra, desde lejos observa la composición, el conjunto. Si se siente atraído se acercará para inspeccionar cada uno de los elementos que componen la obra y si sigue sintiendo esa curiosidad se aproximará más hasta poder ver las pinceladas, la técnica del artista. En una historia el proceso de asimilación y análisis es similar, una historia que no pueda sujetarse por ningún lado, que carezca de sentido, incomprensible o incoherente, perderá todo interés y valor. Así pues haríamos bien en tomar los principios de coherencia, comunicación y claridad como propios a la hora de construir una historia. No solo nos serán útiles para dar cuerpo a nuestra obra, sino que servirán para darle ritmo.

Un objetivo que debe obsesionar sobremanera a cualquier tipo de artista, ya sea pintor, escultor, fotógrafo o escritor, es el ser capaz de llamar la atención del público, seducir la mente del que le observa, pues si el lector se muestra interesado en lo que decimos nos acompañará hasta el final. Con una

comunicación eficaz, con una claridad sencilla y con el peso de la coherencia, el mundo que estamos creando no solo existirá en nuestra cabeza, sino también en la del lector.

Muchos vendrán y nos inculcarán que tan solo existe una manera de escribir bien, y tendrán razón, pero hasta la ciencia más arcaica acepta que el orden de los factores no altera el producto, ($2+3=5$ / $3+2=5$). Esta afirmación trasladada al mundo de las letras se refiere a que la manera de contar historias no es rígida ni inamovible, no es única. Somos nosotros los que determinamos la forma, el estilo que debe tener, los capaces de filtrar entre las innumerables maneras y elegir la que se adecue más a nosotros y a lo que queremos contar.

Sí focalizamos nuestros esfuerzos en hacernos entender y que el espectador se interese en lo que decimos, tanto como para que no solo acabe el libro sino que se muestre esperanzador en que seamos capaces de escribir otro, deberemos aprender a reconocer y utilizar las herramientas que sirven para tal fin. Como son los principios antes mencionados, claridad, coherencia y comunicación que aplicaremos en la trama, la intriga, los diálogos, personajes y ambientes.

Creo que haremos bien en evitar, como he leído en algunos libros autopublicados o textos, diálogos eternos, que no dicen nada, diálogos que se pueden resumir en dos párrafos imprimiendo así más ritmo a la trama y que no ocupen casi cuatro capítulos como lo están haciendo. Evitar personajes planos, crear mundos repletos de autómatas, copias malas unos de otros, sin variaciones y que cuando el narrador decide saltar de uno a otro el lector no se da cuenta hasta que el

escritor no escribe los nombres. Que sin previo aviso aparezcan elementos útiles para una acción puntual (especialmente los de tamaño considerable, aunque no es necesaria esta característica) y se omitan hasta que el narrador no decida que se van a usar (ya sean coches, carretas, pistolas, espadas, mecheros), fácilmente al lector le puede dar la sensación que el protagonista es el gato Doraemon o un mago que saca de la chistera lo que en ese momento le conviene, la tan maldita "vaya, que casualidad". Nuestra creación de mundos debe ser consistente, y debe tener más de dos patas, para que cuando una de estas se pierda por algún pequeño fallo argumental o el lector piense "¿y esto me lo tengo que creer?" el mundo que hemos creado no caiga de golpe y pueda seguir sustentándose.

La mejor manera de ser consciente de todos estos errores es la apertura de mentes, la aceptación de críticas y asumir una de las primeras premisas que más adelante sugerí: "que lo que hemos escrito nunca es suficientemente bueno".

Capítulo 4 Da igual que tu contador geiger de palabras contaminadas esté estropeado. No recuerdas la última vez que se calibró.

Poco importa lo caduco y repetitivo que sea tu discurso. Un discurso más gastado y raído que la suela de tus zapatos. Fuiste nombrado policía de las palabras y harás cumplir la ley, da igual las consecuencias y menos te importan los heridos, tan solo son víctimas necesarias y colaterales de un conflicto que va más allá de su comprensión.

Tu reloj hace tiempo que se paró. El de los demás sigue corriendo. Vas a tener que medir el grado de entonación, calibrar su significado y aportar tu propia interpretación. Nunca lo has hecho sin el manual de instrucciones, sin la regla o baremo dado por ellos. Aunque no sepas quienes son, te los crees a pies juntillas.

Te ajustas el cinturón, revisas la porra, y te enfundas la chaqueta azul de cuero viejo y craquelado. Vas cubierto de grietas. Sales a la calle decidido a buscar a todo aquel que ose dar su opinión, incluso tan solo hablar, sin usar las palabras que ellos han establecido como adecuadas. Las correctas y éticas. Te eriges como defensor de aquellos que no pidieron ser defendidos. Sin pararte a pensar si existía indefensión por su parte o si la requerían. Todo un héroe.

Ya nadie escribe por temor a represalias. No sea que no sepan interpretar sus propias palabras y haya que darles un correctivo. Derrotistas, perversos, discriminadores. Internet y todo terminal inteligente están controlados. Despiadados vigilantes acechan y caen, como mazo justiciero, sobre todo aquel que se

atreva a decir algo que no sea lo que tiene que ser.

Fuera el cielo llora con violencia, el viento golpea con ráfagas de viento la cara de los peatones, tosiendo en sus jetos. Que se jodan, son unos palurdos.

Una vez creyeron en la democracia, pero está los traicionó, los abandonó y ahora un equipo gestor de buenos modales y comportamientos éticos gobierna el devenir de la vida de todos. Ya nadie tiene que pensar por sí mismo, ellos nos dicen el que y el cómo.

Ya no habrá palabra mal sonante, no habrá malas interpretaciones pues ellos lo harán por los demás, y caeremos sobre el que se salga de las líneas marcadas cual goma de borrar, con toda su enormidad, cae sobre el resto de carboncillo que deja un lápiz borrando con su peso toda existencia de trazo no deseado.

Capítulo 5 AMISTADES PELIGROSAS

—A estas alturas la palabra implicación no os sorprenderá mi querido amigo, aunque seguro estoy que sí asustará a muchos. Existe desde hace mucho tiempo, todos sabemos bien lo que representa e incluso sabemos o nos hacemos una idea de su significado.

—Ciertamente estoy de acuerdo, aunque permitidme añadir que es bien sabido que muchos huyen despavoridos, como si de la peste se tratara.

—François, François. No son más que necios e ignorantes. Pues implicarse equivale a comprometerse y esto, a su vez, es dejar o dar algo a cambio.

—Lo malo es que no muchos desean empeñar lo propio sin la seguridad de obtener algo y sin antes conocer la valía de lo que van a recibir.

—Sabed que toda implicación supone una acción individual fruto del espíritu y del alma, pues para poder superar los enormes muros de las emociones es necesaria una buena dosis de voluntad, no hay implicación si no hay sentimiento.

—Mi querido amigo, eso es una gran verdad.

—Al igual que leer no es asimilar, ni oír es escuchar, no solo es estar presente, es estar con todo y eso cuesta.

—Pero tened en cuenta que uno de los mejores alicientes para conseguir que alguien se implique es la credibilidad, no las palabras, ni los gestos, algo tan sencillo y mágico como la credibilidad, y esta nace tan sólo de la coherencia, de aquellos que nos ofrecen su

afecto, su comprensión, que crean dentro de nosotros sentimientos, ganas de luchar, e incluso de vivir, aquellos que están dispuestos a apoyarnos y superar nuestros temores, aprender a no ser cobardes, o en el caso que lo seamos a cobijarnos bajo su brazo cuando nos acobardamos.

—Sólo cuando nos damos cuenta que alguien unifica la creencia y la práctica, entre lo que dice y hace, es entonces, es en ese momento cuando le otorgamos el calificativo de creíble y a partir de ahí estamos dispuestos a luchar por y contra todo lo que venga; a afrontar con esa persona lo inimaginable, superar nuestros miedos e ilusionarnos por ser mejores y disfrutar de lo que algunos llaman vida.

—Lo peor de la implicación es la imposición, la inútil y estéril imposición, nada de ella puede salir.

—Pero cuando no es así se contagia, viene sola sin que lo pensemos, sonreímos cuando el otro sonríe.

—También es importante que esta implicación tenga una réplica, o sea que sea recíproca.

—Cuando uno lanza una mirada seguramente recibirá otra, cuando escucha será escuchado.

—Así pues Giacomo ¿El conocer el porqué se hacen las cosas y hacerlas bien evita que alguien derrumbe como un castillo de naipes todas nuestras ilusiones y expectativas?

—Exactamente apreciado Voltaire. Mi única manera de entender la vida es el compromiso, desconozco cualquier otra, considero que es el motor que nos

mueve. Comprometerse es amar.

— Ya que habláis de moverse y amar. Madame de Pompadour os espera en sus aposentos.

—Dejemos que se impaciente, eso avivará sus fuegos.

—¿Cuántas lleváis ya?

—Madame de Pompadour es la noventa y nueve. Mis expectativas para la cien apuntan hacia Rusia, hacia Catalina.

—Oh, grande, grande. Tan solo os puedo decir que no comparto vuestras acciones, pero defenderé hasta la muerte vuestro derecho a hacerlas. Como siempre ha sido un placer.

Capítulo 6

Mientras leía los fascículos han venido a mi mente algunos temas, cosas en las que pensar, ideas que plantearme (y replantearme).

Uno de ellos, me imagino que por sentimentalismo, viene motivado por una afirmación que aparece en uno de los fascículos, en él se comenta que en la pintura el tiempo no transcurre. Algo en lo que estoy completa y rotundamente en contra. De ahí surge este texto.

La segunda razón de este tostón que voy a soltar se basa en las diferentes tiranteces respecto a las críticas y los halagos. Bueno... más a las críticas que a los halagos, estos últimos excesivos suelen administrarse en una dosis excesiva de azúcar.

Gracioso o paradójico es que la mayoría de las críticas a los que critican vengan porque estos critican y cómo critican (¿se nota que soy fan de Cantinflas?), debo decir que aparte de uno o dos pocos he visto fuera de lugar. Pero cuando algo no gusta ya se sabe, se deforma y parece peor de lo que es, pero ninguna, de las críticas a los que critican, se refiere a los halagos y como se halaga.

¿A caso las falsas alabanzas, los falsos halagos no son peores que las críticas? Nos alimentan el ego y la soberbia y en ella nos extasiamos, y apenas avanzamos. En cambio cuando uno ve que no lo hace del todo bien, si quiere llegar a algo, debe esforzarse más. Comprendo que nadie es inmune a los comentarios negativos, y que el cuerpo necesita una dosis de azúcar, pues la ausencia de esta dulzona materia nos crea desanimo en cuerpo y mente. Del mismo modo que es bueno recibir halagos es bueno saber tomarlos y saborearlos (siempre y cuando sean merecidos, no hay que olvidarlo...repito, siempre y cuando sean merecidos). Lo dañino es llegar a depender de los halagos, nos convierte en seres inertes, yonquis, frágiles y pasamos a subordinarnos al reconocimiento de los demás, actuamos tan solo por y para ese reconocimiento, nos convertimos en adictos al azúcar, y con tal de obtenerlo, como yonquis de manual que somos, prescindiremos de una serie de valores. Y un artista sin valores, deja de ser artista. (Menudo rollo, bueno, aquí viene el texto)....acojonaos, que esto era el prólogo.

Como artistas, escritores, lo que pretendemos es contar historias, relatarlas, narrarlas. Lo que hay que tener bien claro es que este no es otra cosa que un acto que forma parte del comportamiento humano, desde sus orígenes hasta la actualidad.

En sus inicios las historias se contaban de manera oral, la escritura no existía, también se utilizaban imágenes. Esta manera de contar historias sigue siendo parte importante de la cultura básica. Lo que ha ido cambiando es la importancia que ha ido teniendo, dependiendo del analfabetismo y de los avances tecnológicos, sociales y culturales de la sociedad.

Pero no solo hay que remontarse a la época en que al pueblo se le explicaba, educaba o adoctrinaba mediante imágenes, en todos los estilos

pictóricos el artista quiere contar algo. Durante el románico, el gótico, el renacimiento, el barroco, el neoclasicismo, romanticismo, impresionismo, expresionismo, surrealismo, y otras vanguardias, acabadas o no en ismo, nos han querido explicar una historia mediante imágenes. Estas pinturas a pesar de no tener "movimiento", sí que explican una situación, una acción, nos sitúan en un escenario, no solo cuentan sino que nos muestran a los personajes que aparecen. Podemos percibir un "antes", un "ahora" y un "después" (cada época varía la colocación del clímax en cada una de esas tres fases). Algunos ejemplos pueden ser "El jardín de las delicias" de Bosco; "El triunfo de la muerte" de Brueghel; "La ronda nocturna" de Rembrandt o "La vocación de San Mateo" de Caravaggio o "El Guernica" de Picasso. Por nombrar algunos. En todos ellos unos usaran "la elipsis", otros "el resumen", "la digresión", etc. No lo he nombrado pero no deseo olvidarme de una disciplina artística menor para algunos, el cómic, el cual utiliza cada una de las técnicas relativas a la literatura e incluso las de la pintura.

Así pues no puedo aceptar que se afirme que en el mundo pictórico el tiempo no transcurre, que no hay movimiento.

Contar una historia (escrita por unos y dibujada por otros) ha sido, es y será, lo más importante: la meta de cada uno de los escritores. Durante las diferentes épocas, estilos y disciplinas, esta (la historia) ha dependido siempre de una estructura única, lo único que ha ido variando ha sido la manera de contarla, de plasmarlo, el estilo, los medios, pero queramos o no toda estructura de una historia está formada por inicio, desarrollo y fin. Cómo nos desplazamos por esta estructura, cómo la planteemos, los saltos que demos hacia delante o hacia atrás serán cosa nuestra. Sería como imaginarse un cuadrilátero, las cuerdas trazarían el límite de la estructura, y el interior el lugar por el que nos desplazaríamos. El recorrido que hagamos será cosa nuestra, un peso pluma se moverá de manera ágil y rápida, un peso mosca nos hará bailar y un peso pesado ira directo a paso seguro, demoledor, sin desgastarse.

Como dijo Eisner: "Una historia es una narración de una serie de acontecimientos convenientemente dispuestos para ser relatados". Y un claro ejemplo que todos podemos tener en mente, es la novela de Thompson, "1280 almas", dónde el orden de los acontecimientos, de lo narrado está colocado según el capricho del narrador.

Cuando nos sentamos a escribir, a pensar en una historia, la mente se nos llena de imágenes. Un proceso similar ocurre en la mente del lector, y es la manera en que nosotros las ordenemos, la relevancia que le otorguemos o la omisión que hagamos de ellas, la que hará que el lector se sienta o no atraído por ella. Un desorden en esta ordenación o la omisión de datos puede provocar una pérdida de fuerza, veracidad, interés o realismo. Esto podremos conseguirlo a través de una historia atractiva, una composición o disposición lógica de los hechos y los diferentes elementos que la componen.

Por ejemplo, si uno escribe que el protagonista viaja por un sendero en un bosque, oye un ruido, acude al lugar de donde proviene, apareciendo en

un claro donde le llama la atención un cadáver en el suelo, se acerca, alguien o algo le asalta, luchan y tras ganar decide recoger el cadáver y llevárselo a la ciudad más próxima en el carro del cadáver....AHHH!! Pero ¿había un carro?¿dónde? ¿Cuándo ha aparecido? La experiencia y la lógica nos dicen que un carro tirado por caballos es de un tamaño considerable por lo que al entrar en un lugar lo primero que veremos será el carro, y después, y solo después, notaremos la presencia del cadáver tirado junto al carro. El hacer aparecer o desaparecer cosas a antojo (por descuido o desconocimiento) del escritor provocará que el lector se distancie, se replantee la verosimilitud de la historia y hasta en ciertos momentos chafará la ilusión o intriga del lector a preguntarse "¿Qué pasará?", pues quedará desencantado con los juegos de magia del escritor, quien saca conejos cuando le da la gana y en los momentos que no toca.

Otros ejemplos pueden ser la detención del protagonista, su posterior traslado a comisaría, la intervención del azar que le ofrece una oportunidad para escapar y...tachan!!..su coche está aparcado en el callejón de esa misma comisaría, y el prota aún mantiene las llaves en su poder.

Otro recién leído nos muestra a un protagonista angustiado por su imposibilidad de reconocer a la persona con quien se tiene que reunir, pues no conoce su aspecto y...tachan!!... cuatro líneas más abajo exclama "allí está! con sus ojos azules, su pelo castaño y su tal y su pascual"...¿reacción del lector? La consecuente ¿pero no habíamos quedado que el prota no conocía el aspecto físico del objetivo?¿cómo puede ser que después lo reconozca?

Tal y como he comentado más arriba, el escritor evoca imágenes en la mente del lector, cada uno de estos las recreará dependiendo de la experiencia y conocimientos propios. Y justamente es esta interacción (ENTRE ESCRITOR Y LECTOR) la que creará un impacto emocional entre ambos, será la que capacite al lector para reconocer el significado de lo escrito, la coherencia de lo relatado, la verosimilitud de la historia. Así pues, la maestría del escritor, la universalidad, coherencia y realismo de lo narrado serán decisivos.

Capítulo 7

Al poco rato del hallazgo del cadáver de Montse Deu en un piso de la calle Rocafort, por debajo de la Gran Vía, próximo al barrio de Poble Sec, la noticia se propagó como una plaga teniendo el mismo efecto que estas. A unos entristeció y a otros alegró.

Montse Deu era conocida como "*la filleta*". Hija de una de las familias más influyentes dentro de la burguesía catalana, tanto a nivel político como empresarial. La fama y fortuna familiar fue amasada por Fermí Deu i Corominas, bisabuelo de la víctima, a finales del Siglo XIX y principios del XX, época en la que la provincia de Barcelona era una fuente industrial poderosa y no lo que es ahora. Una serie de poblaciones satélites de la gran ciudad. Y ésta no es otra cosa que una esperpéntica caricatura de lo que un día fue. Ahora tan solo es una ciudad escaparate, sin personalidad, con un ego excesivamente hedonista y que crece completamente despreocupada de sus habitantes. Y la heredera de la familia Deu es un claro ejemplo de ello.

—¿Cómo ha sido? ¿Quién la ha encontrado? —preguntó Jon. Su comportamiento era como el de un gato que percibe un olor nuevo y no sabe de dónde. Revisaba cada uno de los rincones de la habitación, sus ojos se movían de arriba abajo, de derecha a izquierda, con gestos bruscos de cabeza trataba de esquivar a todo aquel que se interponía entre él y el escenario—

¿Habéis informado a la familia?

—Jon, tranquilo, cálmate un poco —le suplicó Víctor al mismo tiempo que le ponía una mano en el pecho— me vas a meter en un marrón. Te he llamado porque sé que trabajas para la familia. Se supone que no puedes estar aquí, y lo sabes. Así que pónmelo fácil.

—Vale, vale... ya me voy con los del fondo sur
—respondió mientras retrocedía con las manos en alto
saliendo por la puerta hacia el rellano.

Víctor y Jon habían sido compañeros durante los años de academia, largas horas en el pabellón F riendo y charlando, sentados en el comedor con una bandeja metálica ya vacía, planificando como salvar al mundo, imaginándose cómo serían las cosas en un futuro. Víctor en un despacho, frente al ordenador, sumergido entre miles de informes, devanándose los sesos sobre cómo atrapar a los malos. Jon se veía saltando sobre un carterista, dando palizas a violadores o poniéndole las esposas a algún cabrón que había tenido la valentía de levantarle la mano a la esposa o a los hijos. Ahora él se encontraba fuera del cuerpo, aceptando trabajos de maridos cornudos, seguros estafados o buscando niñas aburridas que se escapaban de casa. Víctor poco a poco iba consiguiendo su sueño de trepar y trepar. Esa mañana Víctor le había llamado para informarle de la aparición de la hija de su cliente, aunque no de la manera en que todos hubiesen deseado. Algo es algo, pensó Jon al colgar, al menos eso disipará las preocupaciones de los padres por saber el paradero de su tan amada hija. No cabía duda que la carencia de respiración y la desaparición de sus cavidades iban a clarificarlas todas. Aunque iban a abrir muchas otras. Los minutos en el rellano se convirtieron en eternos y agotadores los esfuerzos por escuchar las conversaciones del personal que entraba y salía de piso. Unos horrorizados. Otros fascinados por la escena, entusiasmados, como si fuesen unos espontáneos extras en el rodaje de una película policíaca. Agobiado decidió bajar a la calle. Jon notaba que su cuerpo le

pedía aire fresco y un sorbo con el que mitigar la espera. Su cabeza en esos momentos parecía una lavadora en la función de centrifugar. ¿Cómo es posible que una simple chiquillada acabe así? ¿Cómo puede ser que un simple caso de desaparición de una mal criada niña rica acabe en un asesinato tan bestia?

Una vez en la calle buscó un bar cercano al edificio dónde se había hallado el cuerpo. Al otro lado de la calle vio el típico bar de barrio de l'eixample, imposible de distinguir entre granja o bar. Una primera ojeada al interior le hizo pensar que se trataba de una granja.

Tras la barra le daba la bienvenida una señora enfundada en un batín azul cielo, desgastado por el uso y el tiempo. A lo largo de la barra, hundiendo el cruasán en el café con leche, se encontraban cuatro marujas, escoltadas cada una por un carrito de la compra, mirando la tele y comentando a grito pelado y la boca llena el boletín de última hora que daba la noticia de lo que en ese momento ocurría en la acera de enfrente. Pidió una cerveza y se sentó junto a la ventana.

Mientras Jon miraba a través del cristal anaranjado de su tercera cerveza, comprobando que no hubiese un agujero en el fondo, apareció Víctor. Jon le había enviado una foto vía whatssup de una botella de cerveza informándole de su ubicación y un escueto mensaje, *tranquilo solo es la segunda*. Víctor siempre había sido el educado, el diligente y el estricto con las reglas. Un pijo, un niño de papá vamos, pero también un gran amigo. Lo había demostrado muchas veces sin tan siquiera habérselo pedido. Cuando Jon fue expulsado del cuerpo fue Víctor y no otro quien le ayudó a tirar adelante, a rehacer su vida o, mejor dicho, a no hundirse en el barro más de lo que ya estaba, aún te queda mucho trecho machote, le

animaba cada vez que creía ver en los comportamientos de Jon algún síntoma de amodorramiento o recaída. Es lo que tiene el alcohol, las drogas y las mujeres. Que gustan demasiado y nunca se acaban, solía repetir una y otra vez Jon para excusarse.

Víctor se sentó frente a Jon dejando caer el peso de su cuerpo sobre la silla. Sus gestos reflejaban cierto agotamiento.

—¿Una cerveza? —preguntó Jon dejando ir una ligera sonrisa.

—Por favor.

—¡Dos Cervezas! —gritó Jon hacia la barra al mismo tiempo que vaciaba el contenido de la botella que sostenía sobre su mano y la agitaba en el aire dirección a la barra.

Capítulo 8

Las diminutas olas que mueren en la orilla golpean sus pies del mismo modo que los recuerdos su cabeza, en un ir y venir incesante. Sentado en la arena rememora lo ocurrido semanas atrás. El naufragio, la soledad. Todo aquello que nos daña lo guardamos dentro de un baúl y lo enviamos a lo más profundo de nuestra memoria, sepultado por recuerdos inútiles. Todos lo hacemos, no deja de repetirse. Yanis siempre se había negado a creer que para poder llegar al final, pasar al otro lado, tarde o temprano uno debe recuperar ese baúl y plantar cara al contenido.

Torpe y cansado deja caer su brazo sobre la tapa rojiza del cofre que tiene junto a él. Lentamente se gira dando la espalda al mar, a un gigantesco horizonte de tonos azules, verdes y blancos. Centra su mirada en el cuero rojizo, en los apliques oxidados. Su mente lo traslada al día en que una gitana le leyó el futuro y le aconsejó que guardase en un cofre los tres objetos más preciados de su vida. "Reúne aquello que te convirtió en lo que eres y escóndelo para no verlo más. Ya llegará el momento" le dijo la gitana con una voz similar a la de una rana, molesta y perdurable. En el interior del cofre, un viejo y usado lápiz de color azul, una baraja de póker y un libro.

El lápiz, un recuerdo de su abuelo, un abuelo que apenas conoció pero idolatró sobremanera. La imaginación de un niño, las historias contadas sobre él y los escasos ratos que coincidieron provocaron que el Yanis adolescente lo tomase como un ejemplo a imitar. Que ardiesen en él unas ganas irrefrenables de salir corriendo, vivir y hacerse un hombre y abandonar las faldas de un padre insípido y hueco. El lápiz se había convertido para Yanis en el instrumento con el que dibujar sus sueños.

Torpe agarró el paquete de cartas, sus dedos parecían haber perdido toda fuerza prensil, la firmeza de un pasado se había convertido en la tiritera del presente. Al intentar abrir el paquete la solapa de papel-cartón se deshizo en mil pedazos. Dejó ir una absurda sonrisa, grotesca por las llagas que el sol le había provocado.

Acudió a su mente la frágil percepción de las cosas, cómo puede mutar el concepto que tenemos de algo de un extremo a otro. Esa baraja una vez fue poderosa, el origen de su fortuna, gracias a un full de sietes y damas consiguió su primer millón. Ahora se desmigajaba como papel quemado, igual que su fortuna y su vida. Dejó las cartas sobre la arena.

El libro, "El polizón del Ulises", mantenía un buen aspecto dentro de todo lo posible, se trataba del más *joven* de los tres objetos. Lo adquirió para el sexto cumpleaños de su único nieto. Una convalecencia le obligó a estarse quieto una larga temporada, por prescripción médica le cancelaron viajes y reuniones de trabajo. Esta baja posibilitó unas visitas familiares más frecuentes que las habituales hasta el momento. Y los pocos días que pasaron juntos, abuelo y nieto, le leía el cuento antes de dormir, hasta aquellos días jamás se había parado a pensar en lo que significaba leer un libro. La oscuridad, el silencio y la pequeña figura adormecida le hicieron ver la emoción, las imágenes y distintas voces que se pueden percibir durante la lectura. Esas noches disfrutó de una amalgama de sabores, olores y personajes, desconocidos para él.

Aunque lo que realmente consiguió atraparlo fue la historia, los protagonistas. El niño que quiere huir, ver el mar. Que quiere ser algo más. Las ansias de un niño que desea con toda el alma dejar de ser niño. Que uno se hace mayor con la pérdida, la desilusión, el dolor y la traición. El peso que supone el asumir responsabilidades y riesgos. Vivir, al fin y al cabo, no es

otra cosa que un viaje en barco en el que en cada puerto intercambiamos los papeles, en unos somos el capitán y en otros el polizón. En unos, un niño soñador e ingenuo. En otros, un cabrón capaz de traicionar a aquellos que nos lo han dado todo.

La gitana no se equivocó al informarle que el enfrentamiento con los recuerdos, con los objetos del pasado, con los miedos de uno mismo son inevitables y necesarios, aunque erró con la fecha de su muerte.

Vaticinó su muerte para 1987 en Beirut. "Esto no es Beirut y quedan 5 años para el 87", murmuró.

No tenía ni la más mínima idea de cómo el cofre y él habían ido a parar a esa isla desierta, a la misma isla desierta, aunque la pregunta no le duró más de cinco segundos en su mente. Ya nada importa, se repetía. —Moriré contento, me he dado cuenta de lo importante, qué perdí y qué gané. —Clamó mirando al sol con ojos de no haber dormido. Con gesto brusco bajó la mirada y una lágrima se deslizó por su mejilla, su nieto. Mi nieto.

— ¡Mi nieto!

Se dejó caer sobre la arena sumergido en un baño de lágrimas y gimoteos que no le permitieron escuchar el silbido de la bocina del barco que se aproximaba por el horizonte.